



La Comédiathèque

UN BREVE INSTANTE DE ETERNIDAD

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Un breve instante de eternidad

Jean-Pedro Martinez

Pedro, un investigador, acaba de encontrar el suero de la vida eterna. Consciente de las consecuencias imprevisibles de tal descubrimiento, está a punto de renunciar a hacerlo público. Pero su esposa, que sueña con conservar su juventud para siempre, y su amante, que desearía vivir eternamente, no están dispuestos a hacer tal sacrificio...

Personajes

Pedro
Diana
Vicente

© La Comédiathèque

Una sala parcialmente transformada en laboratorio. Pedro, con bata blanca, realiza misteriosas experimentaciones en una mesa cubierta de probetas y otros dispositivos científicos. También hay una jaula vacía con la puerta abierta en la mesa. Pedro estornuda. Diana llega con un impermeable puesto.

Diana – ¡Salud!

Pedro – Gracias. ¿Tuviste un buen día?

Diana se quita el impermeable.

Diana – La rutina... ¿Realmente no podrías hacer esto en otro lugar?

Pedro – ¿Dónde? Mi jefe me prohibió continuar mis investigaciones en el laboratorio...

Diana – Uno se pregunta por qué...

Pedro – No me llevará mucho tiempo más, te lo aseguro.

Diana – Recordarte que comemos en esta mesa. ¡Terminarás por envenenarnos!

Pedro – Estoy a punto de lograrlo, lo siento.

Diana – Una vacuna contra el resfriado...

Pedro – ¿Tú también te unirás a esto? Antes, confiabas en mí...

Diana – El hombre que me casé quería revolucionar la medicina moderna.

Pedro – Quién sabe... tal vez eso es lo que estoy haciendo.

Diana – ¿Descubriendo una cura definitiva para el resfriado? Pobrecito... Incluso si tus investigaciones tienen éxito algún día, ¿realmente crees que ganarás el Premio Nobel de Medicina por eso?

Pedro – No es realmente mi objetivo, pero... ¿por qué no?

Diana – Espera, Pedro... ¡No estamos hablando de malaria o de VIH aquí! ¡Nadie ha muerto nunca por un resfriado fuerte!

Pedro – Es un virus como cualquier otro.

Diana – Sí, pero mucho menos peligroso... Hay problemas de salud más graves que tratar, ¿no crees?

Pedro estornuda de nuevo.

Pedro – Dices eso porque nunca te resfrías. Debes haber desarrollado una forma de inmunidad. Me pregunto si no debería tomarte como conejillo de indias.

Diana – Gracias.

Pedro – En fin, cariño, ¡tú también eres una científica!

Diana – ¿Una científica? No... Yo solo soy farmacéutica. Me lo repites lo suficiente. Y para ti, parece que ser farmacéutica está apenas por encima de ser tendera.

Pedro – Conoces muy bien que al hacer investigación, nunca se sabe en qué va a resultar. Una vacuna contra el resfriado podría ser quizás un paso hacia otros descubrimientos más importantes.

Diana – En cualquier caso, en lo que respecta al resfriado, los farmacéuticos no te lo agradecerían.

Pedro – ¿Por qué? ¡Después de todo, vosotros serían quienes lo venderían, esta vacuna!

Diana – Claro... Y por cada vacuna vendida, perderíamos a un cliente para siempre.

Pedro – ¡La gente ahorraría dinero! Estarían más saludables y serían más productivos en el trabajo.

Diana – Sí... ¡Y nosotros veríamos caer nuestras ventas! ¿Sabes lo que significa, para un farmacéutico, en invierno, los productos contra el resfriado?

Pedro – ¿Y querías que no os considere como tenderos?

Diana – Muy bien... Pero es con los ingresos de la tienda que pagamos la hipoteca de la casa...

Diana sale.

Pedro – Ves, Gloria, ambos somos incomprendidos. Un día lo entenderán, verás. Lamentarán habernos tratado con tanto desprecio. Pero será demasiado tarde... Abandonaremos a todos esos pobres mortales a su triste destino, y nosotros seremos los reyes del mundo... (*Exaltado*) Y cuando digo reyes... Debería decir dioses. (*Volviendo a la realidad*) No dices nada, pero piensas lo mismo, ¿verdad, Gloria? (*Echa un vistazo hacia la jaula.*) ¿Dónde ha ido, otra vez...? (*Da vueltas por la habitación llamando en voz baja.*) ¡Gloria! Ven un poco por aquí, cariño...

Diana vuelve, y se interrumpe como si estuviera atrapado.

Diana – ¿Me llamaste?

Pedro – No, no, yo...

Diana – ¿Con quién estabas hablando entonces?

Pedro – Con nadie, yo... Me estaba hablando a mí mismo.

Diana – Esto no mejora... Por cierto, no lo vas a creer, pero vi una rata, ayer por la mañana, en la cocina.

Pedro (*incómodo*) – ¿En serio...?

Diana – Incluso pensé en traer mi revólver de la farmacia...

Pedro – ¿Tienes una pistola en la farmacia?

Diana – ¡Pero sí, lo sabes bien! Fue Vicente quien me aconsejó comprar una. Ya me han atracado tres veces, ¿recuerdas?

Pedro – Ah, sí...

Diana – Desafortunadamente, ya no puedo encontrarla.

Pedro – Perder una pistola no es algo común... No es algo que se pierda fácilmente... O tal vez también te la robaron...

Diana – No me hace gracia, Pedro. Tengo fobia a las ratas, lo sabes bien. Me pregunto cómo esa pudo llegar aquí...

Pedro – Sí...

Ella le lanza una mirada sospechosa.

Diana – Es extraño, tengo la sensación de que a ti no te preocupa.

Pedro – Sí... Sí, sí, te lo aseguro...

Diana – Ni siquiera pareces sorprendido...

Vacila antes de confesar.

Pedro – Perdona. Es Gloria...

Diana – ¿Gloria?

Pedro – Mi rata de laboratorio. Es una hembra... Al parecer, logró abrir ella sola la puerta de su jaula. Es muy inteligente, ya sabes...

Diana – ¿Una rata? ¿Y la llamas Gloria? Cuidado, Pedro, te estás volviendo completamente loco.

Pedro – La traje del laboratorio... A veces tengo la sensación de que ella es la única que aún cree en mí...

Diana – Parece que estás hablando de una colega... ¡Es una rata!

Pedro – Comencé mis investigaciones con su abuela hace algunos años. Así que es verdad que me he encariñado un poco con la familia.

Diana – ¡Ah, no! No esto, Pedro. No aceptaré vivir con una rata suelta en casa solo porque es parte de la familia.

Pedro – Es solo una pequeña escapada...

Diana – ¡Deberías haber cerrado la jaula, maldición! ¡Con llave, si es necesario! Te advierto, Pedro – no pasaré otra noche aquí con una rata suelta.

Pedro – No te enfades. No es tan grave.

Diana – ¡Me enojo si quiero! Estoy agotada, te lo aseguro... Así que ahora, tu Gloria... ¿Ella o yo, de acuerdo?

Pedro – Cuando tenga hambre, regresará a su jaula. No es un animal que esté acostumbrado a encontrar su comida solo. La encontraré, te lo aseguro.

Diana – Sí, bueno, no sé en qué estado. Porque, al no tener una pistola, le puse trigo envenenado con arsénico en la cocina esta mañana.

Pedro – ¿Arsénico? ¡Pero eso es bárbaro! Pobre Gloria... Y además, ¿dónde conseguiste arsénico, en primer lugar?

Diana – Te recuerdo que soy farmacéutica.

Pedro – El hachís sigue siendo ilegal en la mayoría de los países del mundo, ¿pero en España cualquier mujer puede conseguir una pistola y el arsénico está disponible libremente en las farmacias?

Diana – Solo con receta. Pero afortunadamente, aunque solo sea tendera, tengo derecho a un recetario.

Pedro – Tengo la sensación de vivir con Madame Bovary.

Diana – Madame Bovary no envenenó a su esposo. Se suicidó.

Pedro – Bueno... Parece que sabes mucho sobre envenenadoras.

Diana – De todos modos, si tuviera que elegir para escapar de mi esposo, preferiría envenenarlo a él en lugar de envenenarme a mí misma...

Pedro – Eso es reconfortante... Pero es que aprecio mucho a Gloria.

Diana – Sí, desde hace bastante tiempo, frecuentas más a las ratas de laboratorio que a tu esposa y amigos.

Pedro – Ellas, al menos, nunca me han decepcionado... Y además, ten en cuenta que es en esta cobaya en la que experimento mi vacuna... Si la has envenenado, tendré que reiniciar todos mis experimentos desde el principio...

Diana – Te lo advierto, no tendré la paciencia de esperar hasta el final. Necesitas reponerte, Pedro. No siempre estaré aquí...

Pedro – ¿Ah, sí?

Diana – No es exactamente lo que quise decir, pero...

Pedro – No te preocupes, sé muy bien lo que querías decir.

Sale un momento. Diana parece abatida. Pedro vuelve con un ramo de flores que le ofrece a Diana, muy sorprendida.

Pedro – Para disculparme por no haber estado a la altura en estos últimos tiempos...

Diana (*más avergonzada que encantada*) – Gracias, pero...

Pedro – Esta noche te llevo a cenar a nuestro restaurante favorito. El mismo donde te pedí que te casaras conmigo, hace...

Diana – ¿No...?

Pedro – ¿Has olvidado qué día es hoy?

Diana – Ah, vale...

Pedro – Olvidaste nuestro aniversario de bodas.

Diana – Hasta ahora, eras tú quien olvidaba ese tipo de cosas...

Pedro – Bueno, ves... Las cosas pueden cambiar... Incluso yo puedo cambiar...

Diana (*tomando las flores*) – Gracias...

Pedro – He reservado para las nueve, ¿está bien, o quieres que llame para decir que llegaremos un poco más tarde?

Diana – Es que... le propuse a Vicente tomar algo.

Pedro – ¿Para el aperitivo?

Diana – Siempre podemos ir a cenar después.

Pedro (*irónico*) – ¿Con Vicente...?

Diana prefiere no responder.

Diana – Voy a poner las flores en agua.

Sale. Pedro vuelve a buscar a su rata.

Pedro – Gloria, ¿vienes un poco por aquí, mi amor? Si no quieres terminar como Madame Bovary... (*Busca un momento más en la habitación antes de salir mientras sigue buscando.*) ¡Gloria!

Diana regresa con las flores en un florero.

Diana – Si prefieres, puedo cancelar con Vicente...

Se da cuenta de que Pedro no está, suspira y trata de encontrar un lugar en la mesa para el florero.

Timbran. Ella coloca el florero y va a abrir. Vuelve con Vicente, un hombre bien vestido y muy seguro de sí mismo.

Vicente – ¿Le has hablado?

Diana – No... No era el momento adecuado.

Vicente – ¿Cuál es el momento adecuado para que una mujer le diga a su esposo que lo deja?

Diana – Es nuestro aniversario de bodas... Olvidé.

Vicente – Ya veo...

Diana – No voy a decirle que lo dejo para irme con su mejor amigo en el día de nuestro aniversario de bodas.

Vicente – Está empezando a ser urgente, ¿no crees? Estás embarazada, no lo olvidaste, ¿verdad?

Diana – No, eso no lo olvidé, tranquilo...

Vicente – ¿Estás segura de que es mío, al menos?

Diana – Es muy delicada tu pregunta.

Vicente – Lo siento, pero...

Diana – Nunca pudimos tener hijos con Pedro. Nunca realmente buscamos saber de quién era la culpa, de hecho...

Vicente – Bueno, ahora lo saben.

Diana – Y de todos modos, las únicas relaciones un poco íntimas que ha tenido desde hace mucho tiempo son con sus ratas de laboratorio...

Vicente – Justo en eso, pronto podrá dedicarse a tiempo completo a sus proyectos personales.

Diana – ¿Qué quieres decir con eso?

Vicente – Si no estás decidida a separarte de él, yo sí lo estoy. Lo he mantenido en el laboratorio durante años para complacerte, pero ya no es posible.

Diana – No hoy, Vicente. No esta noche, por favor.

Vicente – El laboratorio no está tan bien como piensas. No dirijo una ONG, tengo que rendir cuentas a nuestros accionistas.

Pedro regresa. Se ha cambiado, aunque no está tan elegante como Vicente.

Pedro – Ah, hola Vicente.

Vicente – Buenas noches, Pedro. Espero que no les moleste.

Pedro – En absoluto. Pero Diana olvidó decirme que venías a tomar algo. Probablemente quería sorprenderme...

Vicente echa un vistazo a la mesa abarrotada con equipo de investigación.

Vicente – Veo que te llevas trabajo a casa...

Pedro – Sí...

Vicente – Supongo que no estás haciendo horas extras en el nuevo proyecto que te encomendé.

Pedro prefiere evadir, pero Diana toma la palabra.

Diana – Ah sí... Esta nueva crema de noche antiedad totalmente revolucionaria... Entonces, Pedro, ¿vas a encontrar un producto milagroso para garantizar a las mujeres una juventud eterna?

Pedro – Los cosméticos y yo, ya sabes... No es realmente mi especialidad...

Diana – Lástima... Una crema antiedad, a mí, pronto podría interesarme.

Pedro – Vamos, cariño. Todavía eres demasiado joven para eso.

Vicente – Entonces, ¿no has renunciado a tu famosa vacuna contra el resfriado...

Pedro – Es sorprendente la cantidad de personas a las que parece molestarles. Para un proyecto de investigación tan inofensivo. Al menos eso parece...

Vicente – Perdona por ser tan prosaico... Pero el laboratorio obtiene una parte importante de sus ingresos de los productos para el tratamiento sintomático del resfriado. No me pidas que me alegre ante la perspectiva de ver caer nuestras ventas. Si al menos fuera para salvar al mundo de una epidemia mortal.

Pedro – Sí... Eso es lo que también me dice Diana.

Vicente – Lo que me gustaría es que te interesaras un poco más en la cosmetología. Ahí es donde tenemos más margen. Los accionistas están nerviosos en este momento, Pedro. No es imposible que me pidan que corte ramas muertas...

Pedro – Suena como un aviso de despido...

Diana – Bueno... tampoco vamos a pasar la noche hablando de trabajo.

Vicente – Lo siento, Diana. Entonces, ¿de qué hablamos?

Pedro – No, pero tú tienes razón... He abusado un poco de tu amistad en los últimos años. No puedo pedirte que financies investigaciones que aparentemente solo me interesan a mí.

Vicente – ¿Entonces te rindes?

Pedro – Digamos que... me doy hasta fin de mes. Quiero experimentar un último prototipo de vacuna. Si no da resultados, renuncio. Y me dedico solo a los productos de belleza. Y a ti, cariño... Lo prometo.

Diana – Muy bien... ¿Entonces tomamos algo, sí o no?

Vicente – Estamos aquí para eso, ¿no?

Pedro – ¿Vienes a cenar con nosotros? Reservé para dos, pero puedo llamar para avisar que llegaremos un poco más tarde...

Vicente – No esta noche, Pedro. Diana tiene razón, creo que no es el momento adecuado...

Pedro – Entonces, ¿tú sí lo recordabas? Diana lo había olvidado, ¿te das cuenta?

Vicente – Debería tener otras cosas en la cabeza...

Pedro – Mi esposa olvida la fecha de nuestro matrimonio, pero mi mejor amigo lo recuerda.

Vicente – Fui tu testigo, después de todo...

Pedro – Es cierto.

Diana (*incómoda*) – Bueno, entonces, ¿qué van a tomar como aperitivo?

Corte negro

Una máquina de espresso se encuentra en la mesa, junto al equipo de experimentación y la jaula. Pedro, con una taza en la mano, verifica algunos resultados de experimentos. Diana llega y ve la máquina de café.

Diana – ¿Compraste una máquina de espresso?

Pedro – Sí... Hay una igual en el laboratorio, pero como ahora también trabajo desde casa...

Diana – Ya veo... Mejor mantener las pequeñas costumbres... (*Acercándose a la máquina*) ¿Funciona con monedas o con fichas?

Pedro – Es gratis. Pero hay una pequeña canasta justo al lado. Ponemos lo que queremos. Es para comprar cápsulas. Son tan caras... (*Ella le lanza una mirada incrédula.*) Estoy bromeando, obviamente...

Diana – Bueno... ¿Y dónde están las cápsulas?

Pedro – En la canasta, precisamente.

Diana – Voy a tratar de no confundirlas con alguna de tus preparaciones letales.

Pedro – Para la mañana, te recomiendo el Fortissimo. Despertaría a un muerto.

Diana – Gracias por el consejo.

Ella coloca la cápsula y pone en marcha la máquina.

Pedro – Quizás no debería decírtelo, pero quedé un poco decepcionado con la cena de anoche. (*Ella le lanza una mirada sorprendida.*) No, no estoy hablando de... nosotros dos. Estoy hablando de ese restaurante italiano. ¿No era mejor antes?

Diana – ¿Antes? ¿Quieres decir... antes de que nos casáramos?

Pedro – De todos modos, volvimos algunas veces después, ¿no?

Diana – No es el restaurante lo que ha cambiado, Pedro. Somos nosotros. Éramos jóvenes. Estábamos enamorados.

Pedro – Teníamos hambre...

Diana – Sí. No necesitábamos tres aperitivos para abrir un poco el apetito.

Pedro – De hecho, no teníamos los medios para pagar tres aperitivos.

Diana – Ni siquiera uno.

Pedro (*imitando a un camarero*) – ¿Tomarán los señores un aperitivo para empezar?

Diana – No, gracias...

Pedro – Un cuarto de tinto, por favor.

Diana – Necesitamos hablar, Pedro.

Pedro – Sí...

Diana – No tengo toda la vida, ¿sabes? No rejuvenezco...

Pedro – Yo tampoco...

Diana – Pero yo soy una mujer... No puedo esperar, Pedro. Ya no puedo esperarte. Y ves que nosotros dos...

Pedro – No vi el trigo envenenado que pusiste en la cocina.

Diana – Es que la rata se lo comió.

Pedro – Pobre Gloria.

Diana – Es una rata de laboratorio. No una mascota.

Pedro – Sí, pero le había administrado mi suero.

Diana – ¿Tu suero?

Pedro – Quiero decir, mi vacuna.

Diana – ¿Es realmente una vacuna contra el resfriado?

Pedro – ¿Qué?

Diana – Lo que estás buscando. ¿Es realmente una vacuna contra el resfriado?

Pedro – Sabes lo que decía Picasso – 'No busco, encuentro'. A veces buscamos algo y encontramos otra cosa.

Diana – Eso también funciona para las personas, Pedro. A veces buscamos a alguien... y encontramos a otra persona...

Pedro vuelve a buscar.

Pedro – Aunque esté muerta, esta pobre bestia debe estar por aquí...

Diana – Me voy a preparar.

Pedro – Querías hablar.

Diana – No ahora. Siento que tu mente está en otro lugar. Cuando hayas superado la pérdida de tu Gloria, tal vez...

Diana se va.

Pedro – Lamentablemente, creo que voy a tener que encontrar otro conejillo de indias. (*Pedro ve algo en la jaula, se levanta y va a ver*) ¿No es así, Gloria? ¿Entonces has vuelto? ¡Y pareces estar en plena forma, mi querida! Es increíble. Has sobrevivido a la cena que mi encantadora esposa te sirvió anoche. Tienes suerte. La mía me dejó un poco mal del estómago. Vamos, vamos a ponernos a trabajar de nuevo. Increíble Gloria... Creo que aún no has dejado de sorprendernos.

Pedro sale llevándose la jaula. Diana regresa. Termina su café. Timbre. Va a abrir y vuelve con Vicente.

Vicente – Entonces, ¿esa pequeña cena romántica...?

Diana – Por favor, realmente no es el momento.

Vicente – Ayer tampoco era el momento adecuado. ¿Cuándo será el momento adecuado, exactamente?

Diana – No lo sé...

Él la abraza.

Vicente – Te amo, Diana. Y ya no puedo esperar más.

Diana – Yo tampoco, te lo aseguro. Pero siempre he odiado las discusiones conyugales.

Él la besa. Ella se deja hacer y luego se libera de su abrazo.

Diana – Estás loco... Podría sorprendernos...

Vicente – Mejor. Nos evitaría explicaciones, ¿no?

Diana – No así, Vicente. Después de todo, estuvimos casados durante... Le hablaré, te lo prometo...

Vicente – ¿Cuándo?

Diana – Cuando sea el momento.

Vicente – Muy bien, entonces escucha – diremos que soy yo quien decide cuándo es el momento, ¿de acuerdo?

Diana – De acuerdo.

Vicente – Y para mí, el momento adecuado es ahora mismo. ¿Me amas, sí o no?

Diana – Por supuesto...

Vicente – ¿Y él? ¿Todavía lo amas?

Diana – No, te lo juro...

Vicente – Entonces, si no se lo dices, lo haré yo.

Diana – Le diré. Es mejor que sea yo.

Vicente – De acuerdo. Pero le dices ahora mismo. Te esperaré abajo, en el café. Te unes a mí con tu maleta después de hablarle, y esta noche duermes en casa.

Diana – Lo prometo.

Vicente – Vendremos por el resto de tus cosas después.

Diana – Tienes razón, hay que ponerle fin.

Vicente – Entiendo que no es fácil para ti. Es una página que se está dando vuelta. Pero para nosotros, es una nueva vida que comienza.

Diana – Lo sé... Ahora, vete.

Vicente se va. Pedro regresa. Parece muy agitado.

Pedro (*distraído*) – Ah, estás aquí... Pensé que ya te habías ido...

Diana – Esta vez, realmente tengo que hablar contigo, Pedro... (*Pedro revuelve nerviosamente en sus notas de experimentos.*) No siempre podrás evadirte. ¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?

Pedro – Creo que he encontrado algo.

Diana – ¿Cómo algo?

Pedro – Te recuerdo que soy investigador. A veces, los investigadores también encuentran algo. Incluso yo...

Diana – ¿Tu vacuna contra el resfriado?

Pedro – Mejor que eso, créeme.

Diana – Ya existe una vacuna contra la gripe. ¿Lo sabes?

Pedro – Nunca busqué una vacuna contra el resfriado, Diana. Fue solo una excusa.

Diana – ¿Una excusa?

Pedro – Una tapadera, si lo prefieres. Para que me dejaran en paz en el laboratorio.

Diana – ¿Nunca buscaste una vacuna contra el resfriado?

Pedro – Bueno, al principio sí, pero... Rápidamente entendí que era un medio para... Una puerta de entrada a...

Diana – ¿Podrías terminar tus frases?

Pedro – No es fácil decirlo, créeme.

Diana – Intenta de todos modos.

Pedro – La vida es un engaño, Diana.

Diana – Si eso es tu descubrimiento... Realmente no valía la pena dedicar tantos años de tu vida a estas investigaciones...

Pedro – Las células contienen un dispositivo de obsolescencia programada. Como las lavadoras o los microondas.

Diana – Tampoco estás obligado a hablarme como a una idiota. Yo también estudié medicina antes de convertirme en comerciante...

Pedro – He utilizado el virus del resfriado para penetrar en las células y repararlas.

Diana – ¿Qué quieres decir?

Pedro – Encontré la manera de neutralizar ese dispositivo genético que lleva a las células a su muerte programada.

Diana – ¿Quieres decir que...

Pedro – Creo que he descubierto el suero de la vida eterna.

Diana queda atónita.

Negro

Encontramos a Pedro, ocupado nerviosamente con su equipo de experimentación y revisando sus notas. Diana lo mira, bastante agitada. Pedro finalmente levanta la mirada hacia ella y empieza a dar vueltas.

Diana – ¿Y estás realmente seguro?

Pedro – Este fue el último experimento del que te hablaba ayer. Con Gloria.

Diana – ¿Gloria? ¿Quién es Gloria?

Pedro – Mi rata, ya sabes...

Diana – Ah, sí, es cierto.

Pedro – Le administré mi suero ayer por la mañana. Acabo de verificar los resultados. No hay absolutamente ninguna duda. El patrimonio genético de esta rata ha sido modificado. Su ADN le permite vivir eternamente.

Diana – Desafortunadamente, a esta hora, seguramente ya está muerto de algo que no sea vejez. Se ha comido todo mi trigo envenenado con arsénico...

Pedro – Espera... Esto es aún más extraordinario. Gloria sobrevivió a ese envenenamiento. ¡Mira, está ahí pedaleando en su jaula!

Diana – Además de vivir eternamente, ¿también estaría protegida contra todas las causas de muerte prematura?

Pedro – Sí, es una posibilidad... En todo caso, ya sabemos que es resistente al arsénico...

Diana (*mirando la jaula*) – Sí, parece estar en plena forma. Para una rata que acaba de comer una dosis de veneno suficiente para matar a un hombre de ochenta kilos.

El teléfono móvil de Diana suena. Mira el número, pero no contesta la llamada.

Pedro – ¿No contestas? Puede ser importante...

Diana – ¿Importante? ¡Estás bromeando! ¿Qué podría ser importante después de lo que acabas de decirme? (*El teléfono sigue sonando.*) Perdóname, solo enviaré un SMS para estar tranquila... (*Envía nerviosamente un SMS, mientras Pedro también tipea en su teléfono.*) Me cuesta entender todas las implicaciones de tal descubrimiento...

Pedro – Sí, a mí también.

Diana – En cualquier caso, por ahora no debemos hablar de esto con nadie.

Pedro – Eres la única persona a la que le he hablado de esto.

Diana – Ni siquiera a Vicente?

Pedro – Todavía no...

Diana – ¿Y estás seguro de tu descubrimiento? Quiero decir, ¿estás seguro de poder fabricar esta vacuna?

Pedro – Sí, creo... Me queda muy poco líquido vacunal. Lo que me dejó Gloria. Pero en principio, sé cómo hacer más.

Diana – Y, por supuesto, ¿has anotado todo en algún lado?

Pedro (*señalando su cabeza*) – Todo está aquí... Prefiero...

Diana – No sé si es muy prudente.

Pedro – ¿Por qué?

Diana – No lo sé... En caso de que te pase algo...

Pedro – Justamente. Dada la importancia de este descubrimiento, me pregunto si ser el único que conoce la fórmula no es mi mejor seguro de vida.

Diana – Ya veo... Eres como el druida Panorámix... Prefieres mantener en secreto la receta de tu poción mágica... Pero entonces, ¿sabes cómo hacer más, estamos de acuerdo?

Pedro – Por supuesto, me llevaría un poco de tiempo, pero...

Diana – ¿Cuánto?

Pedro – No lo sé... Dos o tres semanas... Un poco menos si me dan los medios necesarios. Recuerda que hasta ahora, trabajaba en la sala de estar...

Diana – Una vez que la noticia se haya difundido, no podremos detenerla. Se propagará como pólvora.

Pedro – Cuando un laboratorio lanza una nueva versión de una vacuna con efectos secundarios, la gente está dispuesta a pelear para que les devuelvan la fórmula antigua. ¿Te imaginas lo que sería con un suero de vida eterna...

Diana – Sería un motín.

Pedro – Por eso quiero tomarme el tiempo para pensarlo... ¿Te das cuenta? Esto podría tener consecuencias aún más catastróficas que las de la bomba atómica.

Diana – De todos modos, no es exactamente lo mismo.

Pedro – Permitir que la gente viva eternamente, para el planeta, es mucho peor que hacerlos morir prematuramente, créeme.

Diana – ¿Y cuánta cantidad te queda exactamente de este líquido vacunal?

Pedro – No lo sé... No mucho.

Diana – ¿Pero es suficiente para probarlo en seres humanos?

Pedro – Todavía es solo una vacuna experimental.

Diana – ¿Qué riesgo corremos? Aparte de volvernos inmortales... ¿Entonces?

Pedro – Para dos personas, como máximo.

Diana – Dos personas...

Pedro – Sinceramente, no sé qué hacer... Lo había pensado, por supuesto, pero ahora que está aquí...

Diana – Tienes razón... No hay que apresurarse.

Pedro – Por otro lado, no será fácil mantener en secreto una noticia como esta durante mucho tiempo... Especialmente cuando se lo haya contado a Vicente...

Diana – Pero aún no se lo has dicho, ¿verdad?

Pedro – No.

Diana – Puede haber una solución de espera.

Pedro – ¿Cuál?

Diana – ¡Probemos el producto en nosotros!

Pedro – ¿Nosotros dos?

Diana – ¡Como Pierre y Marie Curie con el radio!

Pedro – Ya no te reconozco, Diana... Hace solo una hora me decías que estaba perdiendo el tiempo y que sería mejor que trabajara en productos cosméticos, y ahora estás lista para donarte a la ciencia.

Diana – Me dijiste que estabas trabajando en una vacuna contra el resfriado. No en un suero de vida eterna...

Pedro – Sí, por supuesto...

Diana – Sería temporal, por supuesto... Probamos el producto en nosotros, vemos qué pasa y nos tomamos el tiempo para reflexionar. Tendríamos todo el tiempo del mundo. ¡Seríamos inmortales!

Pedro – No lo sé... Incluso para nosotros, hay que reflexionar sobre las consecuencias...

Diana – ¿Qué consecuencias?

Pedro – Las consecuencias... de vivir para siempre.

Diana – Yo estoy dispuesta a correr el riesgo. Ya veremos después.

Pedro – Es una decisión importante. El proceso probablemente sea irreversible.

Diana – Pero vamos, Pedro, estamos hablando de nunca morir y de permanecer eternamente jóvenes. ¡Cualquier mujer sería capaz de matar por eso!

Pedro – Sí... Eso es lo que me preocupa...

Llaman a la puerta.

Diana – ¿Quién puede ser?

Pedro – Es Vicente.

Diana – ¿Cómo lo sabes?

Pedro – Le envié un mensaje de texto hace un rato para que viniera.

Diana – ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Pedro – ¡Es mi jefe! Es él quien dirige el laboratorio. Aunque objetivamente, hice este descubrimiento de manera privada, estoy bajo contrato. Legalmente, todo lo que encuentro pertenece a la empresa.

Diana – ¿Estás seguro de eso?

Pedro – Está en mi contrato, lo verifiqué... (*Llaman de nuevo.*) Voy a abrir. No lo dejaremos en la puerta... Fui yo quien le dijo que viniera...

Pedro sale a abrir y vuelve con Vicente.

Pedro – Fuiste rápido, ¿eh? ¿Estabas por aquí?

Vicente – Estaba abajo, en el café. Entonces, ¿en qué punto estamos?

Pedro – No es muy fácil de decir. Debes preguntarte por qué te dije que vinieras así, urgentemente...

Vicente – Me lo imagino un poco...

Pedro – ¿Ah, sí? (*A Diana*) ¿Ya se lo dijiste? ¿Fue por eso el mensaje de texto?

Diana – No... Bueno, sí... Creo que hay un malentendido...

Vicente – ¿Un malentendido? Escucha, Pedro, somos amigos, eso es cierto. Y trabajamos juntos. Después en la vida, hay momentos en los que...

Diana – Creo que lo más sencillo es que escuches lo que Pedro tiene que decirte.

Vicente – Estoy aquí para eso.

Pedro – ¿Estás seguro de que no prefieres sentarte?

Vicente – Estoy bien, gracias...

Diana – No, porque te advierto, es algo serio.

Vicente – Bueno, si terminamos con esta comedia...

Pedro – Muy bien, tienes razón. Entonces aquí está. Durante años, te he estado contando que estoy trabajando en una vacuna contra el resfriado.

Vicente – Sí...

Pedro – Bueno, eso es falso.

Vicente – Vaya...

Pedro – Estaba trabajando en un proyecto mucho más ambicioso, que acaba de concluir hoy.

Vicente – ¿Y qué encontraste, Einstein? ¿Una loción para hacer crecer el cabello?

Pedro – Un suero de vida eterna.

Vicente se queda impactado.

Vicente – ¿Es una broma? ¿Así que me hiciste venir para burlarte de mí?

Pedro – Tranquilízate, es en serio, te lo aseguro.

Vicente – ¿Y tú no dices nada?

Diana – No es una broma, Vicente.

Pedro – Sabes que desde que empecé a investigar, siempre fue mi idea. Trabajar en el proceso de senescencia celular para lograr bloquearlo cambiando su código genético. Y no soy el único que trabaja en esto.

Vicente – No... Pero nadie lo ha logrado aún.

Pedro – Pues yo sí.

Vicente – ¿Tú? ¿Aquí? ¿En tu comedor?

Pedro – El virus del resfriado era solo un caballo de Troya. Lo modifiqué para poder ingresar a la célula y cambiar su modo de funcionamiento, bloqueando algunos procesos y activando otros. Estaba a punto de terminar cuando me pediste que detuviera mis investigaciones.

Vicente – ¿Por qué no me dijiste nada?

Pedro – Quería estar seguro de que realmente tenía algo. Y además... quería tomarme el tiempo para reflexionar. Tomar precauciones...

Vicente – ¿Precauciones?

Pedro – Quería proteger mi descubrimiento. Resguardarlo. Antes de decidir qué quería hacer con él. Con conciencia...

Vicente – ¿Con conciencia? Me estás diciendo que encontraste el suero de la vida eterna y me hablas de conciencia.

Diana – Ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma...

Pedro – Comprendes que, por el momento, todo esto debe mantenerse entre nosotros tres.

Vicente parece empezar a creer.

Vicente – Sería un descubrimiento fantástico para el laboratorio, seguro...

Diana – ¿Para el laboratorio? ¡No bromees! No solo para el laboratorio, Vicente. Estamos hablando de nunca morir. Mejor aún – de nunca envejecer. No hablamos de cremas anti envejecimiento ni de esas tonterías...

Vicente – Tienes razón... Es absolutamente enorme.

Diana – Bravo, Pedro. Siempre has sido el mejor entre nosotros...

Vicente frunce un poco el ceño.

Vicente – ¿Guardaste los resultados de tus investigaciones en un lugar seguro, al menos? ¿Todo está en el laboratorio?

Pedro – Todo está aquí...

Vicente – ¿Aquí?

Pedro – ¡Me prohibiste trabajar en esto en el laboratorio!

Vicente – Tenemos que hacer una comunicación sobre el tema, Pedro. Inmediatamente. Presentar una patente. Porque si otros equipos también están trabajando en esto...

Un momento.

Diana – Pedro duda en hacer pública su descubrimiento...

Vicente – ¿Duda?

Pedro – Esto, Vicente, no es simplemente un descubrimiento. No es solo una revolución. ¿Te das cuenta? Vivir eternamente. Cambiaría todo. Todo. La economía, la sociedad, la filosofía, la religión...

Diana – Cuando se piensa en las reacciones que hubo por la concepción in vitro. ¿Os imagináis cuando compitamos con la Iglesia prometiendo la vida eterna?

Vicente – Y esta vez aquí, no en el más allá...

Pedro – Sí... Ese es el riesgo, de hecho... Que nos convirtamos... en dioses.

Vicente – A mí me parece bien.

Pedro – No es tan sencillo, Vicente. Estamos hablando de un cambio total en la civilización. No estoy seguro de que el mundo esté preparado para eso.

Vicente – Entiendo... Es verdad que hay que tomar el tiempo para reflexionar antes de soltar esta bomba atómica. Pero hasta ahí a... Y luego te recuerdo que este descubrimiento también pertenece al laboratorio.

Pedro – Creo que no entiendes bien las implicaciones, amigo.

Vicente – Solo quería recordarte el marco legal.

Pedro – ¿Planeas demandarme para recuperar la patente, es eso?

Vicente – ¿Por qué no?

Diana – Dadas las lentitudes de la justicia, al menos deberíamos ser inmortales para esperar ver algún día el juicio.

Pedro – Cuando dije que todo estaba aquí, Vicente, (*señalando su cabeza*) quería decir que todo está aquí adentro.

Vicente – ¿Y si te metiera un puñetazo para ayudarte a recordar quién financió todas tus investigaciones?

Diana – ¡En fin, cálmense! ¡Es ridículo!

Pedro – Ves, empieza. Voy a reflexionar y tomaré una decisión con conciencia. Pero no será mediante la violencia como obtendrás de mí el secreto de la vida eterna.

Diana – No pensé que escucharía una frase así en mi sala...

Vicente – Veo... Estás negociando con otros laboratorios...

Pedro – No se trata de eso, Vicente. Es un problema moral.

Vicente – ¿Moral? ¿Desde cuándo la industria farmacéutica tiene algo que ver con la moral?

Pedro – De todos modos, te aseguro que si confío mi descubrimiento a un laboratorio, será el tuyo.

Vicente – ¿No me digas que estás pensando en renunciar a explotar este descubrimiento y privar al mundo entero de ello?

Diana – Es verdad que sería un poco egoísta. Piensa en mí, al menos... Bueno, en nosotros...

Pedro – Si me permiten, necesito un poco de tranquilidad para hacer balance...

Él sale.

Vicente – ¿Realmente crees que puede hacer eso?

Diana – Hay científicos que trabajan en esto desde hace mucho tiempo... La vida eterna... Nadie creía, pero bueno... Después de todo... Sí, es posible.

Vicente – Lo que te preguntaba es si crees que este idiota es lo suficientemente tonto como para destruir el resultado de sus investigaciones. ¡Lo escuchaste! Lo tiene todo en la cabeza. Si tiene un ataque cardíaco o lo atropella un coche...

Diana – Es un idealista. Siempre lo fue, lo sabes bien. Entonces sí, es capaz...

Vicente – Después de todo lo que hice por él.

Diana – No exageres, de todos modos... Te acuestas con su mujer y querías despedirlo...

Vicente – ¿Y si intentamos recuperar discretamente la vacuna? Podríamos hacer que la analicen...

Diana – No sé qué hizo con ella. Imagino que no la dejó por ahí. ¿Lo escuchaste? Dijo que tomó precauciones...

Vicente – Ah, el astuto...

Diana – Y también dijo que casi no quedaba. Apenas para probar en dos personas.

Vicente – Sería suficiente para nosotros dos...

Diana – Sí...

Vicente – A menos que prefiera compartir contigo... ¿No me estará haciendo un hijo a mis espaldas, verdad?

Diana – Si fuera tú, evitaría usar ese tipo de expresiones.

Vicente – Ah, sí, es verdad... Perdóname...

Diana – ¿Crees que si supiera sobre nosotros dos, tendría ganas de compartir con nosotros?

Vicente – Tienes razón... No le decimos nada por ahora...

Diana – Ves que no era el momento adecuado.

Vicente – Está bien... No exageres tampoco.

Diana – Entonces, ¿qué hacemos?

Vicente – Habría que convencerlo. Ofrecerle algo. Un trato.

Diana – Bien sabes que el poder y el dinero no le interesan.

Vicente – ¿Entonces qué?

Diana – ¿Y si me dejaras hacer? Lo conozco mejor que nadie, soy su esposa. Te llamo cuando logre convencerlo.

Vicente – ¿Para reconciliarse en la cama y llegar a un pequeño acuerdo a mis espaldas? No, gracias, me quedo aquí.

Pedro regresa.

Vicente – Entonces, ¿ya reflexionaste?

Diana le lanza una mirada furiosa para señalarle su falta de delicadeza.

Diana – En todo caso, quería decirte cuánto estoy orgullosa de ti. Es verdad, en algunos momentos dudé. Pero en el fondo, sabía que algún día nos sorprenderías a todos.

Ella hace un gesto cariñoso. Esta vez, es Vicente quien le lanza una mirada sombría.

Vicente – ¿Te das cuenta? ¡Es el Nobel asegurado! Sin mencionar lo que puede reportarnos... ¡Esto es el premio gordo, colega! ¡Hemos dado en el blanco!

Pedro – Solo vine a hacerme un café.

Él pone en marcha la máquina de café expreso.

Vicente – Qué curioso, tenemos exactamente la misma en el laboratorio.

Pedro – Tranquilo, tampoco te he robado tu máquina de café expreso. Compré otra, eso es todo... Con mi propio dinero... El mismo que usé para financiar mis investigaciones desde que me pediste que dejara de hacerlas en el laboratorio...

Pedro coge su taza y se va.

Diana – ¡Bravo! Qué sutileza...

Vicente – ¿Y tú? ¡Tú también puedes hablar! ¡Estarías dispuesta a prostituirte para conseguir lo que quieres de él!

Diana – Y además, sabes cómo hablarle a las mujeres... ¿Prostituirme? Te recuerdo que es mi marido.

Vicente – Un marido al que querías dejar hace unas horas...

Diana (exaltada) – Cualquier mujer haría cualquier cosa por permanecer eternamente joven...

Vicente – ¿Cualquier cosa? ¿Incluso dejarme?

Diana (con una mirada muy inquietante) – Incluso matar.

Vicente – Empiezas a darme miedo, Diana. Te estoy redescubriendo, te lo aseguro...

Diana hace un esfuerzo por calmarse.

Diana – Perdóname... (*Hace un gesto tierno hacia él*) Creo que nos estamos volviendo locos con esta historia...

Vicente – Con razón.

Diana – Necesitamos calmarnos y reflexionar.

Vicente – Quizás haya suficiente para tres después de todo.

Diana – Dijo apenas para dos. Y además, es un tratamiento experimental que solo se ha probado en Gloria.

Vicente – ¿Gloria? ¿Quién es Gloria? No me digas que él también tiene una amante...

Diana – Es una rata.

Vicente – ¿Una rata?

Diana – Su rata de laboratorio. Se volvió inmortal. Intenté envenenarla con arsénico, ¡pero resiste todo!

Vicente – No estoy seguro de haber entendido todo, pero bueno...

Diana – Tal vez sería mejor que yo fuera la única en probar ese suero, porque también podría ser peligroso...

Vicente – ¿Entonces aceptarías servir de conejillo de indias? Qué valentía. Y qué generosidad. No siempre te he conocido tan comprometida con la investigación...

Diana – Se necesitarían años antes de una posible autorización para salir al mercado. Estaremos muertos antes...

Vicente – Sí... Y además, es probable que el Estado tenga algo que decir al respecto. ¿Te imaginas las consecuencias si nadie muriera más?

Diana – Ya nos cuesta pagar las pensiones.

Vicente – Por otro lado, los activos podrían trabajar eternamente...

Diana – Tienes razón. Puede que no sea tan sencillo...

Reflexionan en silencio por un momento.

Vicente – ¿Qué hora es?

Mira su reloj.

Diana – ¿En qué estás pensando?

Vicente – ¿Ahora mismo? Pienso que tengo hambre. Había pedido un bocadillo en el café, pero no tuve tiempo de comerlo...

Diana – Al menos, todo esto no te quita el apetito... Voy a preparar algunas tapas.

Diana se va. Pedro vuelve.

Vicente – Diana nos está preparando algo para comer...

Pedro – Verás, no es un experta en cocina, pero tiene otros talentos ocultos.

Vicente – Perdóname por antes... Me dejé llevar un poco. Pero claro, un descubrimiento así puede subir rápidamente a la cabeza.

Pedro – ¿Y además de eso, no tienes nada más que decirme?

Vicente – Sí... De hecho sí... Tengo algo que decirte... Quería hablarte de esto desde hace tiempo, pero...

Pedro – Te escucho...

Vicente – Tengo... En fin, estoy...

Pedro – Sí.

Vicente – No es fácil de decir.

Pedro – No te preocupes, ya estoy al tanto.

Vicente – ¿Ah, sí?

Pedro – Realmente me tomas por idiota.

Vicente – No estoy seguro de que estemos hablando de lo mismo.

Pedro – No lo sé. ¿De qué estás hablando?

Diana vuelve por detrás y no la ven.

Vicente – Estoy... En fin... Tengo cáncer, eso es.

Pedro – ¿Grave?

Vicente – Sí. ¿Conoces alguno que no sea grave?

Pedro – Lamento mucho saberlo. Si puedo hacer algo por ti...

Vicente – De hecho, según los médicos, solo me quedan unos meses...

Pedro – Ah, maldición...

Vicente – Un año, a lo sumo. Entonces, comprenderás que en mi estado... Cualquier medicamento, incluso experimental, como máximo solo acortaría mis sufrimientos unas semanas.

Pedro – ¿En serio?

Vicente – Sabes que si respetamos los procedimientos legales para la experimentación en seres humanos, nos llevaría años.

Pedro – Sí, no es falso.

Vicente – Estoy dispuesto a correr el riesgo, Pedro.

Pedro – Por el amor a la ciencia, ¿verdad?

Vicente – Sí, se podría decir así. Claro, si quieres probarlo conmigo.

Pedro – Gracias...

Vicente – Siempre te he apoyado, ¿verdad? Y entre nosotros, no tendremos demasiadas vidas para desarrollar este descubrimiento. Eres un científico. Un genio, podríamos decir.

Pedro – Por favor.

Vicente – Pero no eres un administrador. Necesitarás a alguien que te respalde... Que te proteja...

Diana – ¡No tienes vergüenza!

Se voltean y se dan cuenta de que Diana ha escuchado todo.

Vicente – Ah, estabas aquí...

Diana – No lo escuches, Pedro. Nunca tuvo cáncer. Está en plena forma, ese desgraciado.

Vicente – ¿Cómo lo sabes, de todos modos? Podría estar enfermo y no habértelo dicho.

Diana – No lo sé... Una intuición. Parece que los mejores se van primero. Entonces tú, con o sin suero, estás asegurado de vivir aún mucho tiempo.

Vicente – Zorra.

Pedro – Te recuerdo que estás hablando de mi esposa.

Vicente – Tu esposa, sí. Hablemos de ella. Te engaña con cualquiera que se le cruza, tu esposa.

Diana – ¿Ah, sí? ¿Y con quién, por ejemplo?

Vicente se da cuenta de que habló demasiado rápido.

Pedro – Sí, ¿con quién?

Diana – Bueno, con tu mejor amigo. ¿Sabes? Ese que tiene una grave enfermedad terminal.

Vicente – ¡Zorra!

Pedro – ¿Estoy molestando mucho? Me entero de que mi esposa me engaña y además tengo que presenciar sus peleas domésticas.

Vicente – Perdóname, Pedro. Fue un error. Quiero decir... un accidente. Fue ella quien...

Diana – Claro, te violé. Aproveché su estado de debilidad. Con su enfermedad, ya entiendes...

Vicente – Está bien, no estoy enfermo. Solo dije eso para ofrecerme como voluntario. Para un ensayo clínico, quiero decir. Aunque tenga que arriesgar mi vida...

Diana – Siempre has tenido espíritu de sacrificio...

Vicente – Te aseguro que estaba decidido a romper. No aguantaba más esta situación. De hecho, vine por eso. Para hablar de ello.

Diana – Claro...

Vicente – Reconoce que, a diferencia de ella, yo siempre he creído en ti. Y siempre te he apoyado.

Diana – Hablas tonterías. Él había venido para anunciarte que se iba con tu mujer y que te estaba despidiendo del laboratorio.

Pedro – Estoy decepcionado... Muy decepcionado... Mi mujer... Mi mejor amigo...

Diana – Te aseguro que...

Pedro – ¡Silencio! Los dos.

Vicente – Escucha, Pedro...

Pedro – Salgan. Necesito un poco de aire. Déjenme respirar.

Los otros dos salen, un poco avergonzados. Pedro espera a que se vayan, luego comienza a silbar despreocupadamente.

Pedro – Te lo dije, Gloria. La gente es mucho peor que las ratas... Al menos, puedo confiar en ti. ¿Te das cuenta de que esa bruja quería envenenarte? Afortunadamente, pude recuperar este trigo con arsénico antes de que lo convirtieras en tu merienda. *(Saca una bolsa de su bolsillo y vierte su contenido en un molinillo de café)* Me pregunto qué sabor tendrá el arsénico mezclado con café de comercio justo...

Muele los granos de trigo con el café antes de colocar cuidadosamente la mezcla en una cápsula que previamente ha vaciado. Cierra cuidadosamente la cápsula. Vicente y Diana regresan.

Vicente – Disculpáanos, pero... preferimos no dejarte solo.

Diana – Queremos asegurarnos de que no hagas una tontería.

Vicente – Un acto desesperado, en un arrebato de ira, que podrías lamentar.

Pedro – Si llegara a cometer un acto desesperado, no creo que tenga la oportunidad de lamentarlo, ¿no?

Diana – Pensábamos más bien en... la posibilidad de que borres las huellas de este fantástico descubrimiento.

Pedro – De acuerdo... También lo estaba pensando... Pero después de todo, ya que todavía están aquí, terminemos con esto. Les diré lo que he decidido.

Vicente – Te escucharemos y respetaremos tu decisión, sea cual sea. ¿No es así, Diana?

Diana – Exacto.

Pedro – Llevo años trabajando en este proyecto. He tenido tiempo de reflexionar sobre las consecuencias que la inmortalidad podría tener para la humanidad.

Diana – Y... ¿qué piensas?

Pedro – Creo que sería un infierno...

Vicente – Un infierno, exageras.

Pedro – Sin mencionar los trastornos económicos y sociales, que serían considerables, no habría renovación generacional. ¿Por qué tener hijos cuando se vive para siempre?

Vicente – Yo, hasta ahora, he estado bien sin hijos. ¿Tú también, no? Entonces, ¿cuál es el problema?

Pedro – Todos estaríamos condenados a vivir en un mundo de ancianos, atrapados en cuerpos jóvenes. Un mundo esclerosado, donde la evolución ya no tendría lugar.

Vicente – La evolución no siempre es buena.

Diana – Especialmente cuando evolucionamos hacia lo peor.

Pedro – No. La vida debe seguir siendo un círculo. Un ciclo, si lo prefieren. No una línea recta infinita que no conduce a ninguna parte.

Diana – Puede sorprenderte, Pedro, pero estoy cerca de compartir tu opinión.

Vicente – ¿Ah, sí?

Diana – Es por eso que creo que es mejor mantener este descubrimiento en secreto y probarlo en nosotros mismos. Tendremos todo el tiempo para reflexionar sobre lo que queremos hacer después.

Pedro – No, Diana. Vivir para siempre sería una condena perpetua. Incluso para nosotros.

Vicente – En ese caso, estoy de acuerdo en ser condenado perpetuamente.

Pedro – Por supuesto, así suena maravilloso. Pero imaginen por un momento cómo sería cuando todos los que conocemos hayan muerto.

Diana – Personalmente, no estoy segura de extrañar tanto eso...

Vicente – Estoy de acuerdo contigo en eso.

Pedro – La mayoría de las personas, llegados a los sesenta, ya no tienen casi deseos. No tienen familia. No tienen amigos.

Diana – Habla por ti.

Pedro – A los ochenta, por lo general, están hartos de la vida.

Vicente – No todos...

Pedro – A los cien años, solo esperan la muerte que les dará la liberación. Entonces, imaginen el grado de hastío después de dos o trescientos millones de años.

Diana – Dos o trescientos millones... Me siento como si hubiera ganado la lotería... Me conformaría con eso, te lo aseguro. Incluso si tuviera que morir al final de ese tiempo en agonía.

Vicente – Y si la gente se cansa de la vida, es porque son viejos y están en mal estado de salud.

Diana – ¡Tu rata incluso sobrevivió al arsénico!

Vicente – Cuando nos cansemos, siempre podemos suicidarnos.

Pedro – ¿Con arsénico?

Silencio.

Diana – Bueno, ¿entonces qué decidiste?

Pedro – Estamos jugando a ser hechiceros. Estamos tocando cosas que no son de competencia de los pobres mortales que somos nosotros. Cuando el hombre trata de igualar a los dioses, siempre termina mal. Los griegos, que inventaron la tragedia, ya lo entendieron muy bien...

Vicente – ¿Los griegos? ¿Y en español, qué significa eso?

Pedro – Voy a destruir esta vacuna y nadie la usará. Solo Gloria será inmortal en esta tierra. Dicho esto, ella también podría evolucionar. Con el tiempo. Quién sabe, tal vez tengan frente a vosotros a la próxima deidad ante la cual nuestros lejanos sucesores se postrarán un día. ¡Gloria! ¡Gloria in excelsis deo...!

Diana – ¡Pero estás completamente loco!

Pedro – Siempre he pensado que no fue Dios quien creó al Hombre... sino que el Hombre terminaría creando a Dios.

Vicente – O tal vez, se está burlando de nosotros...

Pedro – Dijisteis que respetaríais mi decisión... sea la que sea.

Diana – No permitiremos que hagas eso.

Vicente – ¿Dónde está esa vacuna?

Pedro – No la encontrareis. Está escondida en un lugar donde nunca podréis encontrarla.

Vicente – ¿Eso es lo que dices...

Diana – Sé razonable, Pedro. Si tú hiciste este descubrimiento, tarde o temprano, alguien más también lo logrará.

Vicente – Es verdad. Tampoco eres un genio tan grande.

Diana – Así que mejor que seas tú quien quede en la historia como aquel que le dio la vida eterna al Hombre. En vida.

Vicente – Bueno, basta de bromas. ¿Dónde está ese suero de vida eterna?

Pedro – No lo tendrás.

Vicente – He estado pagándote por nada durante años. Ahora es el momento de que devuelvas...

Diana – Sé razonable, Pedro.

Vicente – Vamos a matarlo. De todos modos, no hay suero para tres, él mismo lo dijo.

Diana – Tienes razón. Nos quedaremos con este descubrimiento. ¿De qué sirve ser inmortales si todos lo son también?

Vicente – Nos dirás dónde está esa poción mágica. Y nos dirás cómo la fabricas.

Avanza amenazante. Pedro saca una pistola. Vicente retrocede.

Pedro – Sabía que podría terminar así. Les advertí. Tomé mis precauciones.

Diana – ¡Pero esa es mi pistola!

Vicente – ¿Tienes una pistola tú?

Diana – La de la farmacia. Fuiste tú quien me aconsejó comprar una después de mi tercer robo.

Vicente – Ah sí, es verdad... pero no pensé que lo harías...

Diana – Creía que me la habían robado. De hecho, no me equivocaba.

Pedro – La tomé cuando pasé a verte la semana pasada para almorzar contigo.

Diana – Entonces, era por eso. Me extrañó también esa visita sorpresa. No parecía tu estilo.

Vicente – Vamos, Pedro, esto no es serio. ¿Qué planeas hacer? ¿Matarnos a ambos?

Pedro – No si puedo evitarlo. Pero si es necesario hacerlo para evitar que el mundo caiga en el apocalipsis.

Vicente – ¿Ahora te crees Jesucristo? Es cierto que él también prometía la vida eterna.

Pedro – Y él tampoco cumplió sus promesas.

Diana – Vamos, todos se calmarán. Creo que hemos perdido un poco la cordura, los tres...

Pedro – Detén tu charla. Ahora sé a qué atenerme sobre tu cuenta. ¿Cuánto tiempo lleva esto entre vosotros?

Diana – Cinco años.

Vicente – ¿Realmente tenías que decirle eso?

Diana – Pero intermitentemente, te lo aseguro.

Vicente – Ten cuidado de todos modos, esos dispositivos se disparan solos. Y no debes tener mucha experiencia.

Pedro – No te acerques, y todo estará bien. Además, ambos van a salir de aquí. ¿Eso es lo que queráis, verdad? Bueno, aquí lo tenéis. Veis, tengo mente abierta. Os devuelvo la libertad. Os permito iros juntos. Sed felices hasta el final de vuestros días. Tenéis mi bendición. Y mi extremaunción...

Diana – ¿No va a terminar así, Pedro?

Pedro – ¿Por qué? ¿Tienes algo más que proponerme? ¿Un trío, quizás?

Diana – Pero estarás solo, cariño. Por siempre.

Pedro – ¿Ya olvidaste nuestro aniversario de bodas y quieres que estemos casados por la eternidad?

Diana – Escucha, hay algo que no te he dicho.

Pedro – ¿Qué más?

Diana – Estoy embarazada.

Pedro – ¿De mí?

Diana – Sí. Estoy segura.

Vicente – Genial... Sin embargo, me juraste que...

Pedro – Entonces, ¿voy a ser papá?

Sorprendido, Pedro resbala, tropieza y deja caer la pistola. Vicente la recoge y la apunta de inmediato hacia Pedro.

Vicente – Basta de bromas. Ahora nos dirás dónde está ese suero.

Pedro – De acuerdo... Pero hay algo que tampoco les he dicho.

Vicente – ¿Qué más?

Pedro – Ya he tomado una dosis.

Diana – ¿Una dosis?

Pedro – Solo queda una.

Vicente – Bastardo.

Diana – ¿Y si lo dice para dividirnos?

Vicente apunta la pistola hacia ella.

Vicente – Bueno, lo logró...

Diana – ¡No harás eso, Vicente! Recuerda que llevo a tu hijo...

Vicente – Este niño cambia de padre cada cinco minutos. ¿Tú misma sabes de quién es? De todos modos, nunca he tenido instinto paternal... Entonces, ¿dónde está ese suero? ¿Cuál es ese escondite secreto que nunca podríamos encontrar?

Pedro – Las cápsulas de Nespresso, en la canasta.

Vicente – Me estás tomando el pelo.

Pedro – No.

Vicente – Te advierto, aunque seas inmortal, no eres a prueba de balas.

Pedro – Quién sabe... La rata también sobrevivió al arsénico...

Vicente se acerca a la canasta.

Vicente – ¿Cuál?

Pedro – Café equitativo.

Vicente – ¿Cómo sé que no estás mintiendo?

Pedro – ¿Qué riesgo corres al intentarlo? En el peor de los casos, habrás bebido un buen café y habrás hecho un gesto a favor de los pobres campesinos que se esfuerzan por cultivarlo en América Central.

Vicente coloca la cápsula en la máquina y la enciende.

Vicente – Espero que estés diciendo la verdad...

Pedro – Eso... lo sabrás en unos cincuenta años.

El café se prepara.

Vicente – Ahora puedo decírtelo. Siempre te he odiado.

Pedro – Más bien siempre has sentido envidia de mí. Por eso querías a Diana, ¿verdad?

Vicente – Tú, el mejor de la clase. Tú, el idealista.

Pedro – Aun así, encontré el suero de la eterna juventud...

Vicente – Sí, pero nunca fuiste capaz de hacerle un hijo.

Pedro – Quién sabe...

Vicente – Bueno, cuando el café pase, hay que beberlo...

Vicente está a punto de beber.

Diana – Por favor, déjame un poco... Me decías que me amabas.

Vicente – Eso fue antes... Este néctar de los dioses es para mí.

Deja imprudentemente la pistola para beber de la taza, ella la toma y la apunta hacia él.

Diana – Deja esa taza de inmediato si no quieres tener una vida más corta de lo esperado.

Vicente coloca cuidadosamente la taza.

Vicente – Está bien... Pero ten cuidado con eso...

Diana – Aléjate.

Diana se acerca a la taza. Vicente intenta una maniobra para interceptarla.

Vicente – No vas a disparar al padre de tu hijo...

Ella dispara a quemarropa. Él se derrumba.

Pedro – ¿Qué has hecho?

Diana – Le advertí. Era él o yo.

Deja el revolver y bebe la taza con avidez.

Pedro – Bueno, ahora estamos de nuevo juntos. Hasta que la muerte nos separe. Y como somos inmortales...

Diana – Este elixir tiene un sabor amargo.

Pedro – Es un medicamento.

Diana – ¿Cuánto tiempo tarda en ser efectivo?

Pedro – Unos diez minutos.

Diana – ¿Entonces ya está? ¿Somos inmortales los dos?

Pedro – Como nuestro amor.

Diana – Realmente te amaba, ¿sabes? Al principio. Con el tiempo, terminé aburriéndome. Si hubiéramos tenido un hijo, tal vez...

Pedro – Es una lástima. Ya no me amas, estamos casados para siempre, y ni siquiera podemos tener un hijo.

Diana – Ya estoy embarazada.

Pedro – Y cuando crezca, ¿qué le dirás? ¿Que mataste a su padre?

Diana – No estoy obligada a quedármelo.

Pedro – De acuerdo.

Diana – Y tampoco estamos obligados a quedarnos juntos.

Pedro – La inmortalidad crea vínculos, ya sabes. ¿Por qué crees que los dioses griegos vivían entre ellos en el Monte Olimpo?

Diana – Ellos también, a veces, hacían algunas excepciones, para mezclarse con la gente común.

Pedro – Al principio, quizás. Pero en unos cientos de miles de años. ¿En trescientos millones de años? Cuando el hombre haya desaparecido de la Tierra como especie. O se haya transformado en algo más. Solo seremos nosotros dos de la misma descendencia. Por la eternidad.

Diana – Seremos los nuevos Adán y Eva. Para siempre...

Pedro – Pero nuestro paraíso bien podría ser un eterno infierno.

Diana (*haciendo muecas*) – Ya me siento mal.

Pedro – Es normal. Siempre hay efectos secundarios. Y además, es un medicamento experimental.

Diana – Tú sí que has sobrevivido, ¿verdad?

Pedro – Sí...

Diana – ¿Crees que iré a la cárcel por matar a Vicente?

Pedro – ¿Qué riesgo corres? Incluso con cadena perpetua, eventualmente saldrás algún día. Los guardianes morirán antes que tú.

Diana – Tienes razón.

Diana estornuda.

Pedro – Salud...

Diana – Es el primer resfriado que tengo en mi vida.

Pedro – La inmortalidad no te sienta bien...

Diana – Ahora podrás volver a tu vacuna contra el resfriado.

Pedro – Nunca la dejé, Diana.

Diana – ¿Qué?

Pedro – ¿Realmente creíste esa historia del elixir de la juventud?

Diana – Realmente no me siento bien.

Pedro – Es normal. Lo que acabas de ingerir es el arsénico que destinabas a Gloria.

Diana – No...

Pedro – Lo siento, pero la vida eterna se acabó. Pero aún puedes esperar el descanso eterno. Si Dios te perdona tu crimen...

Diana – ¿Qué?

Pedro – No descubrí nada en absoluto, Diana. Yo también moriré en unos pocos años. Pero mi venganza funcionó más allá de todas mis expectativas.

Diana – ¿Entonces sabías de Vicente y yo?

Pedro – Realmente piensas que soy un imbécil...

Diana – Morirás en la cárcel... Esa será mi venganza.

Pedro – ¿Qué quieres? La vida es una comedia que siempre termina mal.

Diana – Dime que no es verdad... ¿No me envenenaste? ¿No envenenaste a tu esposa?

Pedro – Me has estado engañando durante cinco años.

Diana – Para ti, al menos, será cadena perpetua.

Pedro – No necesariamente.

Diana – ¿Y cómo planeas salir de esto?

Pedro – Te contaré lo que sucedió. Te gustará, verás, es muy romántico – ella dispara a su amante y se envenena después.

Diana – ¿Crees que los policías son lo suficientemente estúpidos como para creer eso?

Pedro – Son tus huellas en la pistola. Es la pistola de la farmacia. Y fuiste tú misma quien tomó en la farmacia el arsénico con el que acabas de envenenarte...

Diana – Eres el diablo en persona...

Pedro – En ausencia de ser un dios...

Diana – Y además, eres un investigador miserable. Al final, no me equivoqué contigo. No encontraste nada en absoluto, ni siquiera una vacuna contra el resfriado...

Vicente tiene un espasmo de agonía.

Pedro – Ah... Tengo la sensación de que este laboratorio necesitará un nuevo director... Él que quería despedirme, voy a ocupar su lugar... Qué ironía...

Diana estornuda.

Pedro – Salud...

Diana – Gracias.

Diana se desploma.

Pedro – Y así es... Se acabó el asunto... (*Dirigiéndose a la rata en la jaula*) Ves, Gloria. Las historias de amor, al igual que las comedias de boulevard, a veces terminan muy mal. (*Se pone el impermeable.*) Bueno, sé muy buena hasta que vuelva. Dejo la puerta de la jaula abierta, y hay algunas tapas en la cocina, por si acaso se alarga un poco... Voy a contar este drama pasional en la comisaría de la esquina. Eso debería ser suficiente para ellos. (*Se dispone a salir.*) Y si por desgracia no escapo de la cadena perpetua, ¿me acompañarás a la cárcel, verdad? Las jaulas, ya estás acostumbrada a ellas.

Sale. Vicente hace un movimiento para levantarse. Diana también. Pero vuelven a desplomarse.

Negro.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pedro Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pedro Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pedro Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
La función no está cancelada
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas Callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pedro Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Diciembre 2023

ISBN 978-2-38602-094-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.